

FUNDAMENTOS Y PRÁCTICA  
DE LA  
VIDA MARIANA

Tomo IV/V: EN MARÍA

J. M<sup>a</sup> Hupperts S.M.M.

Libro original "Fundamentos y prácticas de la vida Mariana" por J. M.<sup>a</sup>  
Hupperts S.M.M, Editorial "María Mediadora", Serie Inmacolata,  
121 Boulevard de Diest, Lovaina, Bélgica. Año mariano 1953-1954.

Publicado:

I. TODO DE MARÍA: Maasmechelen, 19 noviembre 1953

II. POR MARÍA: Maasmechelen, 18 junio 1954

III. CON MARÍA: Maasmechelen, 14 marzo 1954

IV. EN MARÍA: Maasmechelen, 9 agosto 1954

V. PARA MARÍA: Maasmechelen, 5 marzo 1957

# En María

## **¡Ave, Maria Mediatrix!**

Este cuarto volumen de nuestra Serie Immaculata habría debido aparecer el 31 de mayo del Año Mariano, fiesta de María Mediadora de todas las gracias.

Como todos los artículos de «Mediadora y Reina» que tratan de la vida «en Ella» no pudieron aparecer antes de esta fecha, tuvimos que remitir la publicación de esta serie hasta la fiesta de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora.

Nuestra campaña mariana montfortana en Bélgica, por acción de las circunstancias, fue colocada con entusiasmo bajo el signo de la Mediación universal de María.

Cuando los Padres Montfortanos, en 1921, fueron llamados por el Cardenal Mercier a su diócesis, el movimiento de María Mediadora, suscitado y dirigido por él, estaba en pleno desarrollo. Nuestra Congregación fue encargada de erigir el primer santuario dedicado a María Mediadora de todas las gracias. De este modo nuestra campaña mariana fue puesta como naturalmente bajo la protección especial de María Mediadora.

Otras causas, más profundas, hicieron que se fusionaran, por decirlo así, la campaña por la doctrina de la Mediación de María y la

de la propagación de la devoción mariana de San Luis María de Montfort.

Para el Congreso Mariano Nacional de Bruselas, en septiembre de 1921, el santo Cardenal deseó formalmente que la práctica mariana de nuestro santo Fundador fuera neta y ampliamente expuesta como la respuesta más adecuada de nuestra parte a la misión mediadora de María, que era el objeto principal de los estudios del Congreso.

El ilustre Cardenal había visto bien. Todos los fundamentos dogmáticos que Montfort expone como base de la práctica mariana perfecta, pueden reducirse a la Mediación mariana, tomada en su sentido más amplio<sup>1</sup>.

En este cuarto volumen, por razones técnicas, junto a la exposición de la vida de unión con María («En Ella»), damos algunas consideraciones sobre la vida de confianza y abandono para con Ella, de la que Montfort no trata como de una de las «prácticas interiores destinadas a las personas llamadas a una alta perfección», pero que expone como uno de los deberes que los predestinados deben cumplir para con su Madre<sup>2</sup>.

Ahora bien, el fundamento principal de la vida «en María», de la vida de unión con Ella y en su presencia espiritual, es sin lugar a dudas la influencia sobrenatural que Ella ejerce sobre las almas, tanto respecto a la gracia actual como respecto a la gracia habitual, y que por lo tanto se relaciona inmediatamente con la Mediación de Nuestra Señora.

---

<sup>1</sup> Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción nn. 16-36, y El Secreto de María nn. 7-22.

<sup>2</sup> Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción n. 199.

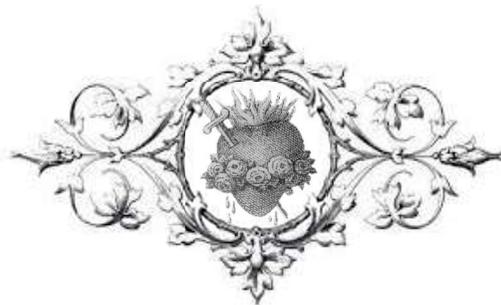
Y uno de los motivos principales por los que podemos y debemos recurrir a Ella en todas nuestras necesidades («Vida de confianza») es que, como Mediadora de todas las gracias, Ella recibió la misión de comunicar y aplicar las gracias a los hombres; tanto lo que **esencialmente** es «gracia», como lo que sólo es gracia «**ratione finis**», a causa del vínculo que estos bienes, naturales en sí mismos, tienen con nuestra vida sobrenatural y eterna.

Por otra parte, hay una conexión evidente entre la Asunción gloriosa de la Santísima Virgen a los cielos y el ejercicio de su Mediación. Por haber sido asumida en la gloria de Dios, para contemplarlo cara a cara, la Santísima Virgen nos ve y nos sigue en la adorable Esencia de Dios, y le es posible ser instrumento vivo y ministra universal, después de Cristo, de todas las operaciones divinas en las almas.

Así, pues, sea este humilde trabajo un amoroso y agradecido homenaje a María por los 36 años que hemos tenido la dicha de pasar en su irradiación de gracia, en este convento de María Mediadora, que es realmente su casa.

¡Ojalá arrastre a una gran cantidad de almas a esta encantadora unión habitual con la Mediadora Inmaculada, y a la confianza inquebrantable en sus cuidados maternos, de que vamos a tratar en estas páginas!

Convento de María Mediadora, Lovaina.



## I Vivir “en” María

Con este nuevo fascículo pasamos a un orden de ideas totalmente distinto del que desarrollamos en los volúmenes precedentes.

Primero describimos la Consagración total a Jesús y a María, tal como nos la propone San Luis María de Montfort.

Luego pasamos a lo que llamamos hoy, según una expresión consagrada por el mismo Pío XII, «la vida mariana», y que constituye en suma una adaptación incesante en todas nuestras obras a la Consagración que hicimos. San Luis María de Montfort describe esta vida bajo la forma de los cinco deberes que el alma cristiana ha de cumplir para con su divina Madre<sup>3</sup>, y de las «prácticas interiores» de la perfecta Devoción, que él reserva a las almas llamadas a una elevada perfección<sup>4</sup>.

Estas diversas prácticas, como hemos hecho observar más de una vez, constituyen como la «marianización» de la vida cristiana y tienden, en adaptación al plan divino, a conceder a la Santísima Virgen un lugar real, aunque subordinado, en todos los aspectos de la vida cristiana, o lo que viene a ser lo mismo, a introducirla como Mediadora en todo el orden de las relaciones de nuestra alma con Dios.

Aprendimos así a obedecer a Nuestra Señora, con el fin de ser entera y fielmente dependientes de Dios.

---

<sup>3</sup> Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción nn. 191-200.

<sup>4</sup> Ibid. nn. 257-265.

---

Luego estudiamos ampliamente a la Santísima Virgen como Modelo, como un Modelo muy adaptado, con el fin de imitar más fácil y seguramente, aunque sea de lejos, la Santidad infinita de Dios y de Cristo. La contemplamos en su actitud para con Dios, para con Jesús, para con los hombres, y finalmente, en una serie de unos quince artículos, en su actitud de irreductible enemistad con Satán y con todo lo que procede de él. Esta serie de quince capítulos no nos parece exageradamente larga, porque destaca el aspecto fuerte y viril de una devoción que demasiado a menudo se considera buena sólo o casi para mujeres y niños; y también porque este aspecto combativo y conquistador del culto mariano es, como salta a la vista, de la mayor actualidad en nuestra época de luchas terribles y decisivas entre las fuerzas del bien y las potestades del infierno.



Después de todo este tumulto y zafarrancho de combate, vamos a ocuparnos ahora, en beneficiosa variedad, de consideraciones más pacíficas y también más atractivas para muchas almas, consideraciones que se relacionan inmediata y directamente con el **amor** de nuestra Madre, y tienen por objeto una de las manifestaciones más puras de este amor, a saber, la **vida de unión con Ella**, que es lo que Montfort llama, en las prácticas interiores, **obrar y vivir «en María»**.

A los cristianos, sobre todo a los que se quieren aplicar a una vida espiritual más perfecta, se les recomienda a menudo acordarse de la presencia de Dios y vivir en esta presencia: «*Anda en mi presencia y sé perfecto*», le recomendaba ya el Señor a Abraham<sup>5</sup>. Como si Dios quisiera decir: «Si permaneces en mi presencia, serás perfecto». Y sabemos que la vida espiritual, en su estado más

---

<sup>5</sup> Gen 17, 1.

elevado, pero sin excluir los demás, es ante todo una vida de muy profunda e íntima **unión** con Dios.

Nuestro Padre de Montfort, como lo recordábamos, «marianizó» todos los aspectos de la vida cristiana. Y como no podía ser de otro modo, le prestó toda la atención a este punto de vista de la vida de unión en cuanto tal. Por eso, nos enseña a vivir en compañía y en presencia de nuestra Madre amadísima, en unión con Ella, unión que, como él nos lo asegura, conduce a una unión estrecha con Cristo y con Dios. Pues cuando se leen atentamente los textos de San Luis María sobre el tema, no se puede dudar de que lo que nos pide aquí es que recemos, trabajemos, suframos y vivamos en unión espiritual con la Santísima Virgen. Y como esta unión no es exterior ni superficial, hablaremos de una vida «**en**» María, y no sólo junto a Ella.

No nos hacemos ilusiones sobre la dificultad del tema que vamos a tratar, el más difícil de los que hemos abordado hasta aquí. Pero la Autoridad suprema de la Iglesia, en la persona de Benedicto XV, recomendaba a los Montfortanos que «explicasen cuidadosamente a los fieles» el importantísimo libro de la «Verdadera Devoción», que nuestro santo Fundador nos ha legado. La dificultad de los textos que debemos comentar no es un motivo para abstenernos de ello. Al contrario. Es sólo un motivo más, tanto para ti que lees estas páginas como para mí que las escribo, para dirigirnos con más instancia a Nuestra Señora de la Sabiduría, a fin de que Ella nos asista con sus gracias y sus luces.

Recordemos, por otra parte, que, si la ciencia filosófica y teológica puede ser útil para entender las cosas de Dios, el espíritu de oración y de recogimiento, y sobre todo la sencillez y el espíritu de infancia lo son aún mucho más: *«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e*

---

*inteligentes, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito»<sup>6</sup>.*

Notemos aún lo siguiente: no es indispensable entender para obrar. ¿Cuántas almas vivirían de la presencia de la Santísima Trinidad en sí mismas, si para vivir de ella tuviesen que esperar a penetrar este misterio? En las «Jornadas Marianas» de Tongerlo nos encontramos muchas veces con el Prior de una Abadía cisterciense del país. Era un gran admirador y propagador de la vida mariana enseñada por San Luis María de Montfort. Un día nos hizo la siguiente confidencia: «Me cuesta mucho lograr que algunos monjes veteranos de nuestra Abadía acepten esta vida mariana». Su objeción era la siguiente: «No puedo comprender cómo se puede vivir en María». Estos buenos monjes andaban equivocados. Apoyándose en la autoridad de Montfort, podían intentar practicar esa vida cuyo fundamento doctrinal no captaban. Y, además, en la santa esclavitud de amor, al margen de este aspecto «en María», hay muchas otras prácticas a las que podrían haber aplicado sus esfuerzos.

Conclusión: es incontestablemente útil buscar la explicación doctrinal de la encantadora práctica mariana de que vamos a hablar. Pero para vivirla fructuosamente la comprensión teológica no es indispensable. La misma práctica, como luego veremos, es sencilla y se encuentra, hasta cierto punto, al alcance de todas las almas de buena voluntad.

Para concluir este capítulo ofrecemos los textos preciosos que tendremos que comentar en los siguientes artículos. Repasémoslos con respeto, humildad y espíritu de oración.

---

<sup>6</sup> Mt 11, 25-26.

Al exponer la conducta mutua de Rebeca y Jacob, que prefigura las relaciones de la Santísima Virgen con sus hijos, Montfort escribe: *«Permanecen estables en casa con su madre, es decir, aman el retiro, son interiores, se aplican a la oración, pero a ejemplo y en compañía de su Madre, la Santísima Virgen, cuya gloria toda está en el interior, y que durante toda su vida amó tanto el retiro y la oración... Por grandes que sean en apariencia las cosas que hagan al exterior, estiman aún mucho más las que hacen dentro de sí mismos, en su interior, en compañía de la Santísima Virgen»*<sup>7</sup>.

Al tratar, en el mismo libro, de la tercera práctica interior de la vida mariana, San Luis María parece referirse casi únicamente a la unión mística, y por lo tanto percibida y experimentada, con la Santísima Virgen, de la que hablaremos más tarde. No da de ella ninguna explicación. Después de haber descrito, en una magnífica página, las bellezas del verdadero Paraíso terrenal y las riquezas del Tabernáculo de Dios, María, exclama arrebatado: *«¡Oh, qué riquezas! ¡Oh, qué gloria! ¡Oh, qué placer! ¡Oh, qué felicidad!, ¡poder entrar y morar en María, donde el Altísimo ha puesto el trono de su gloria suprema!»*. Y un poco después: *«Después que, por nuestra fidelidad, se haya obtenido esta insigne gracia, es preciso permanecer en el inefable interior de María con complacencia, reposar allí con confianza, esconderse allí con seguridad y perderse allí sin reserva»*<sup>8</sup>.

En «El Secreto de María» Montfort parece mantenerse más en la vía ascética ordinaria, y escribe con un lenguaje más accesible a gran número de almas: *«Es menester hacer todas las cosas en María, es decir, hay que acostumbrarse poco a poco a recogerse dentro de sí mismo para formar allí una pequeña idea o imagen espiritual de la Santísima Virgen, que será para el alma el Oratorio en que hará todas*

---

<sup>7</sup> Tratado de la Verdadera Devoción n. 196.

<sup>8</sup> Ibid. nn. 262 y 264.

*sus oraciones a Dios..., la Torre de David en que se refugiará contra sus enemigos, la Lámpara encendida con que iluminará todo su interior y arderá del amor divino, la Custodia sagrada en que verá a Dios en Ella y con Ella. Finalmente, María será para esta alma su único Todo junto a Dios y su recurso universal. Si reza, será en María; si recibe a Jesús en la sagrada Comunión, lo pondrá en María para que en Ella ponga sus complacencias; si obra, será en María; y en todo y en todas partes realizará actos de renuncia a sí misma»<sup>9</sup>.*

Si todo esto nos parece un poco extraño por el momento, esperemos a que las explicaciones que siguen nos familiaricen con esta muy santificante y legítima práctica.

Y lo que cada uno de nosotros puede hacer desde ahora, es tratar de pensar en Nuestra Señora en cada una de sus acciones más importantes.

Entre obrar y comprender hay una mutua reacción: obrando podremos comprender mejor, y comprendiendo mejor obraremos con más ardor y fidelidad.



---

<sup>9</sup> El Secreto de María n. 47.

## II

### Presencia espiritual

En el capítulo precedente hemos visto que San Luis María de Montfort nos aconseja vivir «*en compañía de la Santísima Virgen*», y hacer todas nuestras acciones «*en María*», es decir, en unión íntima con María.

Antes de llegar a la exposición de este aspecto tan atractivo de la vida mariana, es de la mayor importancia preguntarnos si y en qué sentido esta presencia de María junto a nosotros y en nosotros es una realidad, o si no se trata más bien de una piadosa imaginación, mantenida para alimentar nuestra piedad. Intentaremos contestar a esta pregunta. Esta respuesta deberá proporcionarnos el fundamento doctrinal de la práctica de la vida en presencia de Nuestra Señora.

#### Lo que se debe excluir aquí

Debemos guardarnos aquí cuidadosamente de toda exageración y de toda afirmación errónea o desprovista de fundamento. La vida mariana no tiene necesidad ni de mentiras ni de exageraciones. Sólo la verdad puede sernos útil y santificarnos<sup>10</sup>.

Para esto, tenemos ante todo que determinar netamente de qué cosas no se trata aquí.

Sólo Dios está realmente **en todas partes** por su Esencia, su Poder u operación y su Presencia o mirada. Dios llena el universo con su Ser, que es infinito. Está en todas partes por su Poder, porque ninguna creatura puede realizar un acto, de cualquier naturaleza que

---

<sup>10</sup> Nos mantendremos aún más en guardia contra la tendencia a minimizar la misión de la Santísima Virgen y, por consiguiente, a minimizar también la importancia de la vida mariana; tendencia que se manifiesta netamente en ciertos medios supuestamente científicos y sabios.

sea, ni puede siquiera comenzarse o continuarse la existencia de ningún ser, sin la influencia positiva y actual de la Divinidad. Y también está en todas partes porque todas las cosas, tanto las más poderosas y formidables como las más humildes y mínimas, están al descubierto delante de su mirada que, en el fondo, no es distinta de su Ser, como tampoco su Poder.

La Santísima Virgen, al contrario, es una creatura. Por lo tanto, Ella es limitada y finita en su ser, en sus potencias y en sus actos. En cuerpo y alma sólo puede estar en un lugar a la vez, ordinariamente en el cielo o donde quiera presentarse con su resplandeciente corte de ángeles y bienaventurados.

Para Jesús en cuanto hombre existe, al margen de lo que diremos más tarde, una presencia sustancial enteramente especial, la **presencia eucarística**. Jesús, en cuanto hombre, está donde hay hostias consagradas y vino consagrado, porque toda la sustancia del pan consagrado se convierte en la sustancia inalterada del Cuerpo de Jesús, y toda la sustancia del vino consagrado se convierte en la sustancia inalterada de la Sangre de Cristo, de modo que su Carne y su Sangre consagrados se encuentran respecto de las especies de pan y de vino en la misma relación que lo contenido respecto del continente. Por lo tanto, su Cuerpo y su Sangre están real y sustancialmente presentes bajo las apariencias o, como se dice en filosofía, «los accidentes» del pan y del vino. Salta a la vista que con la Santísima Virgen no sucede nada semejante, y que la presencia eucarística es absoluta y exclusivamente propia de Cristo, su divino Hijo.

### ¿Cómo concebir la presencia mariana?

¿Cómo, pues, concebir la presencia de la Santísima Virgen junto a nosotros, y en cierto sentido en nosotros, si puede aún hablarse aquí de verdadera presencia?

Debemos reflexionar aquí con calma. Habitualmente sólo pensamos en la presencia entre seres humanos, entre seres humanos tal como al presente viven juntos sobre la tierra. Hemos de darnos cuenta de que, al margen de esto, hay una verdadera presencia **espiritual**, más real y más fuerte que la presencia material, la presencia humana ordinaria. Todo esto se nos hará más claro y evidente si le dedicamos un poco de reflexión.

En la situación actual en que vivimos en la tierra, decimos que alguien está cerca de nosotros, en nuestra presencia, cuando se encuentra juntamente con nosotros en la misma porción, más o menos vasta, de espacio, en el mismo piso, en el mismo coche, en el mismo autobús, en el mismo lugar. Notemos enseguida que esta presencia material no tiene valor para nosotros, y no es verdaderamente real, si la persona de que se trata no cae bajo la percepción de nuestros sentidos. Supongamos que me encuentro con un amigo en la misma prisión, en dos celdas contiguas, y que vivo tan sólo a algunos metros de distancia de él, pero que, a causa de un muro grueso que nos separa, no haya ningún contacto entre él y yo, y no podamos ni vernos, ni hablarnos, ni escucharnos... No diremos en este caso que estamos uno junto al otro, que vivimos uno en presencia del otro.

Al contrario, decimos que alguien está cerca de nosotros o nos está presente cuando cae bajo la percepción de nuestros sentidos, cuando podemos tocarlo, escucharlo o verlo. Acompaño a un amigo o a un familiar a la estación. Mientras pueda agarrar su mano o escuchar su voz, está cerca de mí. Incluso cuando el tren se ha puesto en marcha, mientras pueda verlo y hacerle señas, la separación no es completa. Pero cuando su último saludo se haya hecho invisible, cuando con el tren desaparezca su silueta de mi mirada, este familiar o este amigo se ha ido: ya no está **presente**, sino **ausente**.

Y téngase en cuenta que esta presencia corporal es tanto más preciosa y real, cuando más nítida e inmediata es la percepción por los sentidos. No nos da lo mismo ver a nuestros seres queridos a un kilómetro de distancia o escuchar su voz desde lejos, que tenerlo ante los ojos y gozar inmediatamente de su conversación.

Sigamos reflexionando. Hay presencia real cuando alguien cae bajo la percepción de nuestros sentidos, que son **órganos materiales de conocimiento**, los medios corporales para conocer y percibir las cosas. Por lo tanto, salta a la vista que podríamos hablar de presencia espiritual entre dos seres, cuando estos dos seres caigan bajo el alcance mutuo de sus **facultades de conocimiento espirituales**, cuando estos dos seres puedan espiritualmente «verse», percibirse, cuando puedan contemplar y seguir mutuamente su actividad, incluso interior, lo que sería, evidentemente, algo mucho más precioso que verse, escucharse o tocarse por los sentidos, los ojos, los oídos o las manos.

Y si vamos más adelante con nuestras reflexiones, se nos hará patente que esta clase de verdadera presencia espiritual ha de existir. Si no, ¿cómo podrían los ángeles estar cerca uno del otro y gozar de su presencia mutua? No pueden estar uno cerca del otro por el contacto con las mismas dimensiones del espacio, puesto que, no teniendo cuerpo, no pueden encontrarse en tal o cual lugar del mismo modo que nosotros. No pueden verse, escucharse o tocarse, puesto que, pasivamente, no tienen cuerpo que pueda ser visto, escuchado o sentido, y activamente no tienen el sentido visual, auditivo o táctil para realizar estas percepciones: no tienen ni ojos para ver, ni orejas para escuchar, ni manos para palpar.

Y ¿cómo las almas de los difuntos, mientras no se reúnan con sus cuerpos, podrían estar presentes una a otra, puesto que carecen de toda presencia material o corporal, y de toda percepción y contacto por medio de los sentidos? Por lo tanto, ha de haber una

presencia puramente espiritual que supera la presencia material tanto como el espíritu se eleva por encima del cuerpo.

Esta presencia espiritual consistirá en que dos seres, de modo espiritual, se conozcan, se vean, contemplen mutuamente sus actos, incluso interiores, se manifiesten y se revelen uno a otro sus acciones y su vida íntima. Consistirá también en que esos seres obren uno sobre otro y se influencien mutuamente. Esta presencia espiritual no puede darse perfectamente entre seres humanos que viven en este mundo, porque en esta vida todo conocimiento y toda percepción, como en general toda influencia, está subordinada en cierta medida a funciones sensibles y corporales, y no existe para nosotros una percepción espiritual directa de las realidades suprasensibles. En esta vida toda vista y conocimiento, y toda comunicación con los demás, no puede hacerse más que con la ayuda de los sentidos exteriores o interiores, y por consiguiente no puede ejercerse a cierta distancia. Después de nuestra muerte, incluso después de la resurrección de nuestros cuerpos, este tipo de presencia y de unión espiritual con los ángeles y con los demás bienaventurados será posible y real. Pero con la santa Humanidad de Jesús y también con nuestra divina Madre, esta unión espiritual real puede ser vivida y realizada, en cierta medida, ya desde esta tierra. Jesús nos invita a buscar y a practicar esta unión con El: «*Permaneced en Mí, y Yo en vosotros*»<sup>11</sup>.

En el próximo capítulo trataremos de explicar cómo y en qué medida puede realizarse en este mundo esa presencia y unión mutuas con la Santísima Virgen.

---

<sup>11</sup> Jn 15, 4.

### III

#### La Santísima Virgen nos ve y nos sigue

Constatábamos en el capítulo anterior que fuera de la presencia corporal, que para los seres corporales consiste en estar juntos, de manera perceptible, en las dimensiones de un mismo espacio, debe existir una presencia y una unión espiritual, más real e íntima que la de las creaturas materiales. También decíamos que esta unión espiritual se realiza ante todo por el hecho de que dos seres se conozcan y vean de manera espiritual, y luego mediante una acción o influencia espiritual recíproca.

En la Santísima Virgen se realizan estas dos maneras respecto de nosotros.

1º Y, primeramente, Ella está cerca de nosotros, y en cierto sentido en nosotros, porque Ella nos ve y nos considera de modo muy neto y continuo en Dios.

No podríamos dudar de ello: la Santísima Virgen nos ve realmente, no con los ojos del cuerpo, pero sí con la mirada del alma. Ella ve todo lo que sucede en nosotros y alrededor nuestro. No le escapa ningún gesto nuestro, ninguna palabra, ninguna mirada, ningún pensamiento, ninguna emoción, ningún acto de nuestra voluntad. Ella ve, pues, no sólo lo que es perceptible por los sentidos o puede deducirse de esta percepción, sino también lo que está directamente al alcance de su alma, humanamente hablando, y eso ya es mucho sin duda alguna.

2º Pero nuestra divina Madre ve sobre todo lo que sucede en nosotros y a nuestro alrededor, porque contempla la Divinidad cara a cara, y en la Naturaleza divina conoce todo lo que puede interesarle; pues no hemos de olvidar que la Divinidad no es sólo el Ser infinito, sino también la Idea viviente, la Imagen sustancial, el Pensamiento infinitamente perfecto, en que Dios y quienes El llama

a su gloria conocen todos los demás seres mucho más clara y perfectamente que si los considerasen en sí mismos. Por eso María ve clara y continuamente en el Ser divino todo lo que Ella desea conocer, todo lo que le interesa, principalmente todo lo que le conviene saber como Madre de Dios, como Socia universal de Cristo, como Reina del reino de Dios, y más aún todo lo que Ella debe conocer para realizar su sublime misión de Corredentora y Madre de los hombres, de Mediadora universal de la gracia y Santificadora de las almas, de Adversaria personal de Satán y Generala de los ejércitos de Dios, que sin cesar Ella debe conducir a la batalla y a la victoria.

A veces se ha creído poder y deber dudar de esta omnisciencia de la Santísima Virgen respecto de todo lo que nos concierne. «Creía que Dios solo conocía los pensamientos y los sentimientos secretos de los hombres», hemos oído decir más de una vez. Sí, es cierto, Dios solo por Sí mismo, pero fuera de Él también todos aquellos a quienes Él quiere conceder esta vista y este conocimiento, esto es, a aquellos a quienes les es necesario o conveniente penetrar la vida íntima de los hombres, entre los cuales contamos indudablemente la santa Humanidad de Jesús y su divina Madre.

Los bienaventurados en el cielo ven en Dios todo lo que les inspira un interés particular. No ven cada hoja que tiembla, cada flor que se abre, cada animal que se mueve en la tierra; pues todo eso no puede darles un gozo especial, ni serles útil para la misión que les queda por cumplir. Pero los Santos ven en Dios todo lo que les es necesario o útil saber para ayudar a quienes les rezan. Nuestros queridos difuntos, si ya han entrado en la gloria, ven en la Naturaleza divina todo lo que nos sucede, porque nuestra suerte, nuestra conducta y nuestra felicidad les son de grandísimo interés. Y según este principio de la Teología, es evidente que la santísima Madre de Jesús ve todo lo que se produce en nosotros, y también lo que sucede alrededor nuestro, en la medida en que eso nos concierna.

Ella es nuestra **Madre**. Madre con una maternidad mil veces más real y preciosa que la maternidad ordinaria. Y por eso Ella *desea saber* todo lo que se refiere a sus hijos y todo lo que les sucede: tristeza y alegría, lucha y tentación, faltas y progreso, prosperidad y tribulaciones. Además, Ella *debe conocer* todo eso. Como Madre espiritual nuestra, Ella debe encargarse de nuestra vida sobrenatural, defenderla, mantenerla, desarrollarla y llevarla a su plenitud. Ahora bien, Ella no podría cumplir esta misión si no conociese todo lo que se refiere a esta vida, todo lo que, en un sentido u otro, puede influenciarla; es decir, prácticamente, todo lo que nos sucede.

Ella es nuestra **Abogada**, nuestra **Mediadora**, y la **Distribuidora** de todas las gracias. Salta a la vista que para cumplir este cometido que Dios le confió, es preciso que Ella conozca todas nuestras necesidades de cada momento, nuestras disposiciones, nuestras dificultades y tentaciones, nuestros pensamientos y sentimientos, en una palabra, todo lo que hay en nosotros y es de nosotros, para poder darnos en tiempo oportuno las gracias y auxilios que necesitamos.

Y Ella es **Reina**, Reina de los hombres, Reina especialmente de lo que es interior, espiritual y sobrenatural en el hombre, Reina de las almas, Reina de los corazones. Y no hay duda de que es sumamente conveniente que una reina, que **esta** Reina, sobre todo, sepa todo lo que sucede en su reino.

Así, pues, Nuestra Señora me ve claramente y sin cesar, a mí mismo y todo lo que pienso y hago. Y por eso mismo Ella está espiritual y realmente junto a mí, y en cierto sentido en mí, puesto que su mirada penetra hasta las profundidades más íntimas de mi ser, hasta mi inteligencia, mi voluntad y la sustancia misma de mi alma. Y cuando yo pienso en Ella, cuando la miro y fijo en Ella los ojos de mi alma, el círculo se cierra, el contacto se establece, y entonces estoy junto a Ella y Ella junto a mí. Y si habitualmente pienso en Ella, y

habitualmente la miro, y habitualmente vivo con Ella, estoy habitualmente en su presencia, vivo habitualmente unido a Ella<sup>12</sup>. Se puede decir entonces que Ella está siempre junto a mí y yo junto a Ella.



Sin embargo, aquí no hay que forjarse ilusiones.

Esta presencia espiritual, intencional si se quiere, de la Santísima Virgen junto a nuestras almas y en ellas, es perfecta por parte de Ella. Ella nos ve claramente y sin cesar, Ella escucha directa y distintamente lo que le decimos y comunicamos, cómo respondemos a su presencia, etc.

Pero por parte de nosotros, esta presencia, esta «convivencia» deja forzosamente mucho que desear: ¡estamos aún «*in via*», en la tierra, y no en el cielo!

1º No vemos directa e inmediatamente a la Santísima Virgen, como Ella nos contempla. La vemos o pensamos en Ella en la imagen espejo de la fe. Una imagen, en un espejo, no es siempre muy fiel. Pero, aunque lo fuese, siempre es indirecta y, por lo tanto, imperfecta.

Durante la guerra de las trincheras de 1914 a 1918, nuestros soldados no podían subir por encima de los parapetos sin correr el riesgo de ser abatidos al punto por los tiradores de élite, siempre al acecho. Por este motivo en las trincheras se instalaron instrumentos especiales, llamados periscopios, que sobresaliendo apenas de la trinchera, por una combinación ingeniosa de espejos, permitían ver claramente y sin peligro lo que sucedía en el campo enemigo.

---

<sup>12</sup> Recuérdese que el célebre y santo Abad Juan Bautista Chautard practicaba fielmente este encuentro de la mirada (espiritual) con Nuestra Señora.

Nosotros vemos a Nuestra Señora como en el periscopio de la fe. Sabemos que Ella existe, lo que Ella es, que Ella nos ama, que Ella piensa en nosotros y se ocupa de nosotros. Y así la veo y converso con Ella como por un rodeo, pero realmente. No la «oigo» tampoco directamente, no reconozco su voz como lo hago cuando me habla una voz familiar. Sólo por medio de un pequeño razonamiento llego a convencerme de que Ella me habló. Recibo una inspiración de la gracia. Es real, no puedo dudar de ella. Pero toda gracia me viene, después de Dios, por María. Por lo tanto, estoy percibiendo su «voz». Y así, Ella es la que viene a consolarme, a reconfortarme, a pedirme un pequeño sacrificio por el reino de Jesús y el suyo.

2º En segundo lugar, yo no puedo estar pensando y mirándola continuamente y sin cesar, mientras que Ella sí me está unida sin interrupción. Esto es imposible incluso a los mayores santos, salvo en el caso de una intervención especial de Dios.

3º En tercer lugar, mi visión de la Madre de Jesús, por desgracia, será siempre superficial, un poco vaga, sin la suficiente claridad y profundidad. Ella me penetra a fondo, mientras que yo no la veo más que de manera defectuosa. Yo no puedo penetrar hasta los abismos de luz, de amor y de vida que el Señor ha cavado en Ella, su obra maestra. ¡Cómo todo esto debe hacernos suspirar por el cielo, en que podremos leer sin parar en el alma santa, radiante y totalmente divinizada de nuestra Madre, y de este modo quedar fijos en un rapto de amor!

Pero, a pesar de todas las imperfecciones que acabamos de señalar, no es menos cierto que subsisten todas las condiciones indispensables para poder hablar de una verdadera presencia espiritual de la Santísima Virgen junto a nosotros y en nosotros, y de una unión innegable. A nosotros nos toca fortalecer e intensificar sin cesar esta unión por una mirada frecuente de alma y por un trato íntimo de amor.

Más tarde diremos cómo podemos realizar esto en la práctica.



*Carracci Ludovico, 1588, "Señora Bargellini", óleo sobre lienzo, Pinacoteca Nacional de Bolonia, Roma, Italia.*

## IV

### La Santísima Virgen nos influencia por la gracia

En el capítulo precedente hemos visto que la Santísima Virgen, de manera espiritual, está junto a nosotros y en cierto sentido incluso en nosotros, porque Ella nos ve clara y continuamente en Dios, con todo lo que somos, todo lo que hacemos y sufrimos, tanto por dentro como por fuera. Y si elevamos entonces la mirada de nuestra alma hacia Ella, si pensamos en Ella, el círculo se cierra y podemos hablar de unión con Ella. Y si lo hacemos habitualmente, en cuanto lo permite nuestra condición actual sobre la tierra, podemos hablar de unión permanente y de vida incesante en su presencia.

Pero hay más y mejor. Existe otra causa más eficaz y profunda de contacto espiritual permanente entre la Santísima Virgen y nosotros: Ella está junto a nosotros, y en cierto sentido en nosotros, por la influencia incesante de gracia que, como instrumento consciente y consintiente de la Divinidad, y también de Cristo en cuanto hombre, Ella ejerce sobre nosotros<sup>13</sup>.

Alguien puede ser causa de la gracia santificante o actual de dos maneras, siempre —claro está— en subordinación a Dios y a Cristo en cuanto hombre: **moralmente**, o de manera **física** e inmediata.

Ante todo, un ejemplo para ilustrar esta doble causalidad.

Una mamá da a su hijo de cinco o seis años, para ocuparlo, un lápiz y un pedazo de papel: «Vamos, hijo mío, escribe algunas cosas

---

<sup>13</sup> Para todas estas consideraciones explotamos una opinión teológica muy seria, que no tenemos por qué defender aquí, que reúne el asentimiento de un número cada vez mayor de Mariólogos.

bonitas». La mamá, por sus palabras y por su aliento, no es la causa física de esta acción de escribir, pues no es ella la que escribe, no es ella la que realiza esta acción. Pero por una influencia moral convence a su hijo para que la realice. Ella es, pues, su causa **moral**.

Pero esta misma madre tiene otro crío de apenas tres o cuatro años, que también quiere escribir, aunque todavía no sabe sostener un lápiz o un bolígrafo. «Vamos, cariño, escribiremos los dos juntos». La mamá pone el lápiz entre las manitas de su pequeñín, pone esta mano dentro de la suya y la hace escribir con gran alegría de su tesoro. Esta vez la mamá no es sólo causa moral, sino también causa **física** de lo que se escribe: ella es la que escribe inmediata y realmente, aunque lo haga a través de la mano inexperta de su niño.

Otro ejemplo ahora en el plano sobrenatural. De viaje me encuentro con alguien. Charlamos. Mi interlocutor muestra rápidamente que no tiene la conciencia en paz. Se deja ganar por algunas palabras amables, y se decide a ordenar sus asuntos espirituales. A su llegada busca un sacerdote, que escucha su confesión y le da la absolución, y por lo tanto la gracia santificante. Yo he sido la **causa remota y moral** de la gracia santificante en esta alma por mis consejos y tal vez por mis oraciones; mientras que el sacerdote que la absolvió ha sido su **causa eficiente, inmediata y física**, puesto que ha dicho: «*Yo te absuelvo de tus pecados*»; cosa que, evidentemente, el sacerdote no puede hacer por sí mismo, sino sólo como instrumento vivo y ministro de Cristo.

Ahora bien, cuando llamamos a la Santísima Virgen Mediadora de todas las gracias, queremos decir con ello que, juntamente con Cristo y en subordinación a Él, Ella mereció durante su vida todas las gracias, y ahora nos las destina y las obtiene para nosotros por una oración infaliblemente escuchada. Ella es, pues, de más de un modo, causa remota y moral de las gracias que Dios

infunde en nuestra alma. Todo esto, sin embargo, no establece aún un contacto inmediato entre Ella y nosotros.

Pero, como hemos visto más arriba, podemos admitir, por sólidas razones, que cuando la Santísima Virgen nos ha destinado y obtenido la gracia, Dios también se sirve de Ella para aplicarnos esta gracia, o hablando más claramente, para producirla en nosotros. Y por eso Ella, por virtud de Dios y de Cristo, es la causa subordinada, pero real, inmediata, eficaz y productora, de toda gracia, santificante o actual, sacramental o extrasacramental, esto es, producida por medio de los sacramentos o sin ellos. Lo que el sacerdote hace para ciertas gracias, la Santísima Virgen lo hace para todas. Por el bautismo el sacerdote, como ministro de Dios, confiere la vida divina al niño. Por la absolución devuelve o aumenta la gracia santificante en su penitente. Nuestra Señora confiere y produce la gracia santificante y actual en todas partes donde Dios la concede. León XIII la llama «*Dispensadora [con Cristo] en la comunicación de todas las gracias que se derivan del misterio de la Redención, de que Ella fue igualmente Cooperadora*»<sup>14</sup>. Y San Pío X la llama «*Princeps largiendarum gratiarum ministra*»: la principal Administradora de la comunicación de las gracias<sup>15</sup>.

Así María influencia muy frecuentemente, podríamos decir casi sin cesar, nuestra alma por la comunicación de la gracia actual, que nos es concedida abundantemente.

Pero Ella ejerce realmente sin cesar su influencia sobre las almas establecidas en estado de gracia. Pues la gracia santificante no

---

<sup>14</sup> Encíclica *Adjutricem populi*. El término latino «*ministra*» es muy expresivo, pero difícil de traducir; lo mismo pasa con el término «*ministra*», que parece indicar en todo caso que la Santísima Virgen tiene la misión de aplicar, y, por lo tanto, de producir como instrumento de Dios, las gracias que nos son comunicadas.

<sup>15</sup> Encíclica *Ad diem illum*.

nos viene solamente de Ella en su primera producción, sino también en la continuación de su existencia en nuestra alma. La gracia santificante debe ser mantenida en nosotros; y eso lo hace, después de Dios, la santa Humanidad de Jesús. Él nos lo enseña claramente cuando nos llama sarmientos de la viña, que no pueden vivir más que por la savia de la vid, que esta debe comunicarles incesantemente. Pero esta gracia santificante es conservada y mantenida también en nosotros, por debajo de Cristo, por María, Mediadora de toda gracia. Y así estamos sometidos sin cesar a la influencia y a la acción vivificadora de la santísima Madre de Dios.



Ahora bien, esta acción y esta influencia establecen y constituyen un verdadero contacto físico, aunque espiritual, con nuestra divina Madre. Si alguien pone su mano en la mía, sin que pueda verlo o escucharlo, diré: «¡Hay alguien aquí!». Cuando la Santísima Virgen toca, mueve o trabaja mi alma de manera espiritual, digo: «María está junto a mí por su acción». Para cumplir en un lugar determinado una acción material cualquiera, ante todo debemos estar en dicho lugar. No puedo hacer un paseo por Nueva York, ni comprar allí un reloj, ni conducir un auto, porque no estoy allí. Al contrario, para los seres que pueden ejercer una influencia puramente espiritual, la acción misma que realizan, la influencia misma que ejercen sobre otro ser, hace que estén presentes allí donde se encuentra el objeto de su influencia, el término de su acción. Es el caso de los ángeles y bienaventurados en el cielo. Nuestro ángel de la guarda, por ejemplo, está presente donde estamos nosotros, tanto porque nos ve, como explicamos precedentemente, como porque obra sobre nosotros, lo cual constituye un toque, un contacto espiritual, como también hemos dicho.

Así es como se dice, y justamente, que Dios está en todas partes, no sólo directamente por su Esencia, sino también por su

acción todopoderosa, por la que mantiene en la existencia todo lo que existe y realiza todo lo que se hace y todo lo que sucede en el mundo. Si Dios no estuviese en todas partes por su Ser, lo estaría por su Poder, por su acción universal y todopoderosa. Nuestra Señora, evidentemente, no está en todas partes por su acción. Pero Ella está dondequiera que haya almas en que Dios infunde o mantiene la gracia santificante, y dondequiera que Ella obre sobre estas mismas almas por las inspiraciones de la gracia.

De nuevo, es cierto, hemos de comprobar que, por desgracia, tampoco esta presencia es perfecta por nuestra parte, porque estamos todavía «*in via*», en camino hacia la plena Luz. No podemos ver directamente estas influencias de la gracia. No experimentamos la presencia de la gracia santificante en nosotros, ni su mantenimiento y aumento. No reconocemos tampoco directamente cuál es la causa de este mantenimiento y de estos progresos. Sin embargo, podemos tener una certeza moral de la existencia de la gracia santificante en nuestra alma, y sabemos por la fe que esta gracia es producida y mantenida en nosotros por Jesús y por su divina Madre.

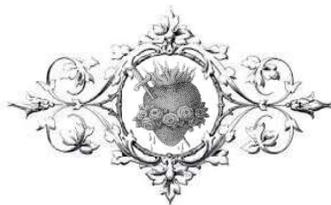
¡Qué difícil es para nosotros, almas totalmente prisioneras en la carne, comprender cómo la Santísima Virgen, que está en el cielo, puede obrar sobre nosotros a tales distancias, y cómo puede ejercer su acción sobre millones de almas a la vez! La explicación teológica de esta verdad no es demasiado difícil, pero exigiría una exposición que aquí estaría fuera de lugar. Hagamos notar solamente que la Santísima Virgen no obra en este campo por medio de su poder o virtud propia, sino por lo que la teología llama «*poder obediencial*», es decir, por el poder ilimitado inherente a toda creatura, desde el momento en que es movida y accionada por la Omnipotencia de Dios. Él puede servirse de la acción, incluso material, de cualquier creatura, para producir cualquier efecto, en cualquier lugar del universo. De este

modo el poder de la creatura, a condición de que Dios quiera servirse de él, es realmente ilimitado, y la Santísima Virgen, por ejemplo, como consecuencia de la moción divina, puede obrar simultáneamente sobre centenares de millones de ángeles y de hombres.

Montfort pensaba en este tipo de presencia y en esta unión cuando escribía: «*San Agustín, sobrepujándose a sí mismo y a todo lo que acabo de decir, dice que todos los predestinados, para ser conformes a la imagen del Hijo de Dios, están en este mundo escondidos en el seno de la Santísima Virgen, donde son guardados, alimentados, mantenidos y desarrollados por esta buena Madre...*»<sup>16</sup>. Se trata, evidentemente, de una metáfora, en el sentido de que Montfort no se refiere aquí del seno corporal de Nuestra Señora. Pero en todo caso quiere decir sin duda alguna que los predestinados están estrechamente vinculados y unidos a la Santísima Virgen, y que en esta unión son guardados, alimentados, mantenidos y desarrollados en la vida de la gracia, en la vida de Jesús, en la vida de Dios mismo.

En los capítulos siguientes trataremos de hacer comprender mejor estas cosas, y justificarlas aún más.

Mantengámonos fielmente entregados a la acción y a las influencias de gracia de Nuestra Señora, por más que no podamos percibir directamente esta acción beneficiosa. Y séanos un gran gozo saber que en la misma medida en que aumenta la gracia santificante, la vida divina en nosotros, se intensifica también esta dulce unión con Ella.



---

<sup>16</sup> Tratado de la Verdadera Devoción n. 33.